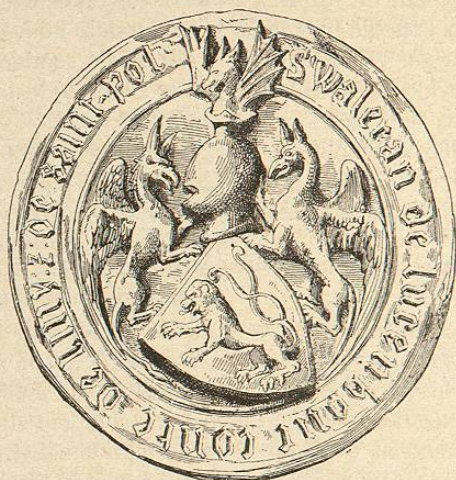


pasaron antes de que se celebraran los funerales, pues era preciso para enterrar al rey de Francia esperar las órdenes del duque de Bedford, que se encontraba ocupado en Ruán.

El 11 de noviembre comenzaron las ceremonias fúnebres, figurando en ellas, como en el entierro de Enrique V, la efigie del muerto. El único príncipe que asistió á los funerales fué el duque de Bedford: después de un oficio en Notre-Dame, el cuerpo de Carlos VI fué transportado á Saint-Denis y enterrado en la capilla de Carlos V. «Y entonces los ujieres de armas del dicho

rey, que estaban presentes, rompieron sus varitas y las arrojaron sobre la fosa y luego bajaron sus mazas poniéndolas cabeza abajo. El rey de armas de Berri, acompañado de muchos heraldos y perseverantes, gritó encima de la fosa: «¡Dios quiera tener piedad y gracia del alma del muy excelente, muy alto y poderoso príncipe Carlos, rey de Francia, sexto de su nombre, natural y soberano señor!» Después de lo cual gritó nuevamente el rey de armas: «¡Dios dé buena vida á Enrique, por la gracia de Dios rey de Francia y de Inglaterra, nuestro soberano señor!»



Sello del conde de Saint-Pol

LIBRO QUINTO

LAS LETRAS Y LAS ARTES

CAPITULO PRIMERO

LA VIDA LITERARIA (1)

I. Escuelas y universidades.—II. La literatura y la sociedad laica.—III. Las influencias.—IV. Poesías épica, lírica y dramática.—V. La historia.—VI. La literatura didáctica.

I.—Escuelas y universidades (2)

El siglo XIV fué una época de gran actividad intelectual, á pesar de los profundos trastornos que la vida política y social durante el mismo experimentara.

Las escuelas de todas categorías eran en gran número, y aun en pequeñas aldeas las había en donde se daba una enseñanza primaria que comprendía la escritura, la lectura, algo de gramática, de cálculo y de liturgia. Es de creer, además, que con los profundos disturbios de principios del siglo XV desaparecieron muchas de esas escuelas, para no reaparecer hasta mucho después, y algunas hasta nuestro siglo.

En las ciudades, las iglesias parroquiales, los capítulos y los monasterios solían tener sus escuelas. La mayoría de los escolares no pasaban casi del estudio de Donato, es decir, de los rudimentos de gramática; pero en ciertas escuelas capitulares, como las de Notre-Dame de París, se leían, después del Donato, el *Doctrinal* de Alejandro de Villidieu, otro manual de gramática, y los poetas profanos y cristianos; se aprendían las dificultades gramaticales, la sintaxis y la prosodia y después la retórica y fórmulas de correspondencia, y se terminaban los estudios con algunos elementos de lógica. Asimismo estudiábase cuidadosamente el canto religioso. Todo se aprendía de memoria. En las escuelas de Chartres, tan famosas desde los tiempos del obispo Fulberto, en el siglo XI, varios «profesores en artes» en-

señaban humanidades, varios «maestros» medicina y algunos «lectores» teología. Había también cursos de derecho y hasta la enseñanza del derecho canónico constituía el honor de las escuelas de Chartres.

Pero donde se enseñaba la superior cultura era en las universidades, que hasta mediados del siglo XIV continuaron desarrollando su organización y su enseñanza. En Montpellier, las dos universidades de Medicina y de Derecho acababan de alcanzar sus estatutos generales; en Tolosa, las artes, el derecho civil y canónico y aun la teología eran enseñadas con regularidad; las universidades de Orleans y de Angers, á pesar de una historia á menudo perturbada, gozaban de fama extraordinaria en punto á estudios literarios y derecho civil; la de Aviñón se había creado hacía poco y se beneficiaba con la vecindad del Pontificado.

La Universidad de París estaba por encima de todas las demás por el número de sus estudiantes, la extensión de sus privilegios, la calidad de sus estudios y la gloria de sus profesores; sus decisiones eran ley para las conciencias, siendo *Ratio dictans in Ecclesia* (la Razón enseñando en la Iglesia). Ella y el papa eran las dos lumbreras del mundo, *Papa et Universitas Parisiensis, duo lumina mundi*. Decíase que Minerva, la Sabiduría, después de haber habitado en Atenas y en Roma, había ido á establecerse en París, y Gerson llamaba á la universidad «nuestro paraíso terrestre en donde estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal.»

En las laderas de la montaña de Santa Genoveva habitaban por centenares sus profesores y por millares sus alumnos y sus subalternos, y de ella vivían innumerables gentes de oficio. La «matrícula» de la facultad de Artes contiene en 1349 quinientos dos maestros regentes; la de 1403, setecientos noventa y no está completa. En el sínodo de París de 1406, Juan Petit hablaba de mil maestros en artes, y un asistente le interrumpió para decir que eran dos mil. Había por aquella época más de doscientos maestros, doctores, licenciados ó bachilleres «formados» en teología y en derecho canónico. No es posible determinar cuál era el número de estudiantes; Juvenal de los Ursinos dice formalmente á propósito de una procesión de 1412: «Y celebró una la Universidad de París hasta Saint-Denis, y cuando los primeros estaban en Saint-Denis, el rector no había salido aún de Saint-Mathurin,» en la calle de Saint-Jacques.

En la Universidad de París reinaba una animación extraordinaria; en las asambleas generales, en las facultades y en las naciones, sobre todo se deliberaba, se discutía y se resolvía: los estudios, la disciplina, los in-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—P. Paris, *Les Manuscrits français de la Bibliothèque du Roi*, 1836-1848. Leclerc, *Discours sur l'état des lettres au XIV siècle* («Histoire littéraire de la France,» XXIV), segunda edición, 1865. *Histoire de la langue et de la littérature française des origines à 1900*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, II, 1896. G. Paris, *La poésie du Moyen Age*, segunda serie, 1895.

(2) FUENTES.—Denifle y Châtelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, II, III, IV, 1894-1897.

OBRAS DE CONSULTA.—Du Boulay, *Historia Universitatis Parisiensis*, 1665-1679. Denifle, *Die Universitäten des Mittelalters bis 1400*, 1885. Rashdall, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 1895. Thurot, *De l'organisation des Ecoles dans l'Université de Paris*, 1850. Clerval, *Les Ecoles de Chartres au Moyen Age*, 1895. Uberweg-Heinze, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, segunda parte, *Die Mittlere Zeit*, 1898. De Wulf, *Histoire de la philosophie médiévale*, 1900.

gresos, los gastos. Saint-Julien-le-Pauvre, San Bernardo y sobre todo el convento de los maturinos llenábanse por la mañana, después de la misa, de maestros, bachilleres y estudiantes, que acudían á las reuniones que allí se celebraban. En determinadas calles no había casa sin escuela; por todos lados alzábanse los más imponentes edificios de los colegios; en todas partes se enseñaba y se debatía. Pasábase la vida en largos comentarios de autores, en argumentaciones, en «disputas,» según la palabra consagrada; había sesiones solemnes de argumentación en la facultad de las Artes, en los colegios de Navarra y de Sorbona, en donde tales ejercicios se prolongaban á veces hasta durante las vacaciones. De principios del siglo se hace datar la institución de la defensa de tesis denominada Sorbónica, en la que el autor debía sostener una tesis durante doce horas. La Universidad jamás había desplegado, al parecer, tanta actividad intelectual.

Esto no obstante, manifestábase ya signos positivos de decadencia. La gloria de la Universidad de París era su facultad de Teología, que hasta muy entrado el siglo XIV fué la única escuela teológica oficial de la cristiandad. Parecía como que la unidad de la fe quisiera la escuela única, idea que fué durante largo tiempo aceptada por el Papado y que Gerson afirmaba todavía. Pues bien: en aquella facultad, ilustre sobre todas las demás, introducíanse graves abusos. Los ejercicios por los cuales se obtenía el grado de maestro eran largos y difíciles, por lo que los candidatos trataron de eximirse de ellos; y así como la licenciatura sólo se concedía cada dos años, autorizáronse exámenes durante las vacaciones, es decir, como á escondidas, pudiendo además obtenerse aquélla por protección, mediante dispensa pontificia y hasta mediante dinero. El cancelario de Notre-Dame la confería *ex gratia*. Por último, los papas permitieron que fuese conferida en otras universidades y hasta en las ciudades en donde no había universidad, lo cual pareció escandaloso: *Cur non in stabula porcorum?* ¿Por qué no en los establos de puercos?, decían las gentes. De esta suerte el grado de maestro en teología fué accesible á los tontos, á los perezosos, á aquellos á quienes asustaban los ejercicios que en París se exigían ó que habían fracasado en ellos.

Aquel mundo universitario parece falto ya de toda dirección, pues si bien el cancelario de Notre-Dame tenía aún autoridad sobre las escuelas, aparte de que esta autoridad era siempre discutida, aquel cargo estaba á menudo desempeñado por persona indigna de tales funciones. Desde 1370 á 1389, Juan de la Chaleur hubo de retractar muchos errores; el cardenal Nicolás de Saint-Saturnín, absorbido por otros negocios, fué del todo indiferente y aun descuidó la colación de la licenciatura; Juan Blanchart la confirió demasiado haciéndose pagar, y Juan de Guignicourt dió durante cuatro años los más altos grados de teología, á pesar de ser simplemente bachiller. A partir de 1389, Pedro de Ailli y Gerson, no obstante su celo, mezcláronse demasiado en las luchas políticas para que su autoridad fuera eficaz.

La multiplicación de los colegios fué cada vez más nociva á los estudios (1); á los que había en el si-

(1) Véase pág. 577.

glo XIII añadiéronse treinta nuevos, y el número de becas elevóse en los primeros años del siglo XV á quinientas sesenta. En los colegios eran admitidos también alumnos de pago, y la riqueza de esos establecimientos, la importancia de sus becas y las pretensiones de algunos á la superioridad rompieron la unidad y la igualdad y restringieron la libertad fecunda de otros tiempos. Las escuelas que antes nacían espontáneamente, se desarrollaban y morían, cada día fueron menos numerosas y se vieron menos frecuentadas; la Universidad no se renovó ni rejuveneció como en épocas pasadas, y los estudios perdieron mucho en variedad y en originalidad. Finalmente, los conventos que habían conquistado su puesto en medio de las escuelas seculares, los de los dominicos, franciscanos y agustinos, atrajéronse una gran parte de la actividad universitaria, siendo con preferencia escogidas aquellas casas tranquilas y disciplinadas en donde la vida se consagraba más al estudio.

La Universidad ha trabajado y discutido tanto, que se halla agotada. La «ciencia de lo divino» agitaba desde hacía dos siglos á las escuelas parisienses, en las cuales habíanse manejado todas las armas de la antigua dialéctica, perfeccionada por clérigos sutiles y orgullosos. En la segunda mitad del siglo XIII, es decir, á pocos años de distancia, se había visto á Tomás de Aquino enseñar que la teología es una ciencia, que la razón puede explicar la religión y que la fe puede ser demostrada por el raciocinio, y más tarde á Duns Scoto sostener que la razón no puede explicar á Dios, que para la inteligencia no hay más refugio que la autoridad, y que, por consiguiente, la teología no es sino el arte de preparar la salvación; lo cual, sin embargo, no impedía al «Doctor Sutil» razonar hasta lo infinito y multiplicar las abstracciones y las entidades. En el fondo, los métodos oficiales habían dado de sí cuanto dar podían, y además habían desaparecido los maestros de la escolástica: Alberto el Grande en 1280, Tomás de Aquino en 1274, Buenaventura aquel mismo año, Rogerio Bacon hacia 1292 y Duns Scoto en 1308. En lo sucesivo la sabiduría está condensada, concretada en *Sentencias* como las de Pedro Lombardo, en *Specula* como los de Vicente de Beauvais ó en *Sumas* como las de Tomás de Aquino; no cabe ya hacer otra cosa que leer y comentar, siendo innumerables los comentarios y las glosas que se escribieron sobre las *Sentencias* de Pedro Lombardo. Y aun las discusiones se ven desnaturalizadas y rebajadas por la lucha de las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, que llevan á ellas sus eternas rivalidades: los unos eran tomistas, los otros scotistas, y todos dogmatizaban hasta lo infinito y se extraviaban en insípidos dimes y diretes, en los *barbouillamenta Scoti*.

De este modo se preparaba la ruina de las grandes síntesis escolásticas que constituyeran la gloria del siglo XIII. Estas habían procurado encontrar por la razón las verdades trascendentales y explicar lógicamente á Dios, el universo y el conocimiento que de ellos tenemos; pero en la primera mitad del siglo XIV reaparece con mayor fuerza la doctrina de Duns Scoto, y Durand de Saint-Pourçain y sobre todo Guillermo de Ockam, inglés y franciscano, que enseñó en la Universidad de París allá por el año 1320 y murió en 1347 después de

una existencia agitada, asestan á la escolástica el golpe de gracia. Ockam, el «Doctor Invencible,» enseña con lógica implacable que los conocimientos del hombre se reducen á lo que le proporciona la experiencia y que las ideas generales, los conceptos universales no son sino los signos de nuestro conocimiento y no tienen más existencia que la que nuestra inteligencia les presta. Por consiguiente, la teología no es una ciencia; su objeto son artículos de fe que es preciso aceptar como revelados sin tratar de demostrarlos por el raciocinio, pues no se sabe adónde puede conducir la razón con proposiciones que no son por sí mismas evidentes. Y pasando á demostrar sus asertos en su *Centilogium*, Ockam presenta las consecuencias heréticas de cien proposiciones. Su teología reduce la razón al absurdo y la obliga á capitular; su filosofía confina con una especie de idealismo de consecuencias muy peligrosas para la ciencia de la Edad media.

La escolástica estaba condenada á una decadencia que debía prolongarse miserablemente. La lista de los errores y de las proposiciones sospechosas en que se ocupó la Universidad durante el siglo XIV es todavía larga; pero desde mediados de éste lo que pretende llamar la atención son por lo general paradojas infantiles y extravagantes, nacidas en mediocres inteligencias. A fines de siglo restablecióse poco á poco el silencio, y aparte de la Inmaculada Concepción, que puso nuevamente al debate el dominico Juan de Monzón, la actividad doctrinal parece extinguirse. Después de las afirmaciones de Scoto y de Ockam, las grandes inteligencias de la Universidad se entregan de nuevo al misticismo: la *Imitación de Jesucristo*, si es de aquella época, anúnciase en sus primeras páginas como la confesión de un alma desilusionada que ya no busca la verdad más que en las efusiones del amor divino; Pedro de Ailli renueva el misticismo de Saint-Victor, y Gerson, filósofo mediano, pero discípulo fiel del piadoso Buenaventura, describe en sus tratados místicos los diversos estados del alma cándidamente arrobada en Dios.

Igual decadencia se observa en casi todos los demás estudios. Únicamente la Medicina prosperó. La facultad de Derecho Canónico de París siguió siendo inferior á la de Orleáns; la facultad de las Artes era cada vez más extraña á la verdadera cultura literaria; los documentos universitarios demuestran por su incorrección el bajo nivel de los estudios, y el latín de las escuelas no cesa de pervertirse. A fines del siglo intentóse una reforma: el elegante Nicolás de Clamanges, celosísimo humanista, trató de realzar los estudios clásicos, pero pertenecía á un pequeño grupo de inteligencias refinadas y puristas que fué impotente.

No cabe formarse ilusiones acerca de la influencia de la Universidad en la Iglesia y en el Estado, pues las circunstancias que la permitieron eran transitorias y además causaron grave daño á los estudios. La Universidad sufrió las consecuencias de todas las calamidades de la época, de la dificultad de comunicaciones, de los motines, de los sitios, y se vió dividida por las guerras civiles. Fué para ella un honor trabajar en la obra, por otra parte vana, de la reforma cabochiana; pero entró en los partidos y la política la llevó al borgoñón, que hubo de abandonar á la fuerza cuando los armagnacs entraron en París y al cual volvió por largo tiempo,

en 1418, cuando se convirtió en el partido inglés. La Universidad arengó respetuosamente á Enrique V, heredero de Francia, y más tarde condenará á Juana de Arco. En la capital del reino, aquella gran escuela universal, como insensible á las realidades vivientes, no tuvo el sentimiento nacional.

También el cisma fué funesto á la Universidad: los asuntos de la Iglesia romana la apasionaron, y por espacio de más de cuarenta años consumió en aquella contienda dinero, talento y actividad. Los más famosos doctores abandonaron sus cátedras para predicar ante el rey ó para ir en embajada á Aviñón, á Roma, á los concilios, al través del mundo cristiano, de suerte que desertaron de los estudios aquellos que constituían la gloria de los mismos.

Finalmente, creábanse numerosas universidades extranjeras: la teología, que en un principio sólo se enseñaba en París y en Oxford, enseñóse muy pronto, aun antes del cisma, en Tolosa, en Bolonia, en Pisa, en Florencia, en Praga y en Viena. El cisma fué causa de que se fundaran otras nuevas que tomaban como modelo la de París y hacían á ésta la competencia, viéndose asegurada su fortuna por el éxodo de los mismos estudiantes parisienses.

II.—La literatura y la sociedad laica (1)

La afición á las cosas de la inteligencia desarrollábase de una manera particular en la sociedad laica.

Los reyes dieron el ejemplo: Felipe VI era muy dado á comprar libros, y su esposa, Juana de Borgoña, «fué la protectora de todos los sabios que á la corte se acercaban,» habiéndole sido dedicadas varias traducciones, una enciclopedia, algunas fábulas y una novela. Juan el Bueno, su hijo, había sido educado entre hermosos manuscritos «bien escritos y bien iluminados,» y merced á sus iniciativas se comenzaron grandes empresas literarias, como traducciones de Tito Livio y de la Biblia. Llevaba libros en su equipaje de guerra, y cuando vió á Petrarca, quiso retenerle en su corte. De Carlos V sabemos que fué un letrado y un intelectual. Carlos VI, aunque más frívolo y descuidado, continuó las tradiciones paternas; desde 1380 hasta 1411 ingresaron en la Biblioteca del Louvre unos doscientos diez volúmenes, y las fiestas de su corte excitaron el numen de los poetas y la actividad de los organizadores de misterios.

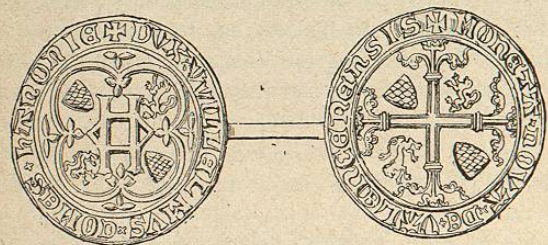
Los hermanos de Carlos VI poseyeron como él excelentes colecciones de libros; el duque de Berri, en particular, fué un aficionado de gran ilustración y todos los escritores contaban con su curiosidad y con su generosidad. «Aymeri du Peyrat le dedicó sus *Lamentations sur la mort de Charlemagne* y Jacobo le Grand su *Livre de bonnes moeurs*. Para él, ó por lo menos á petición suya, tradujeron Juan de Courtecuise el tratado

(1) FUENTES.—De Laborde, *Les ducs de Bourgogne. Etudes sur les lettres, les arts et l'industrie pendant le XV^e siècle*, Preuves, 1849-1852. *Le Livre des Cent Ballades*, edición Queux de Saint-Hilaire, 1868.

OBRA DE CONSULTA.—Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, 1868-1881. Champollion, *Louis et Charles, ducs d'Orléans*, 1844. Le Roux de Lincy et Tisserand, *Paris et ses historiens*, 1867. Piaget, *Oton de Granson*, «Romania,» XIX, 1890, *La Cour amoureuse de Charles VI*, id. XX, 1891; *Jean de Garençières*, id. XXII, 1893.

de Séneca sobre las *Cuatro Virtudes*; Pedro Leraut el libro español *Formas, figuras é imágenes que están en los cielos*; Juan de Arrás la historia fabulosa de Lusignán y Lorenzo de Premierfait el *Caso de los nobles hombres y mujeres* de Bocaccio. Cristina de Pisán le ofreció casi todas sus obras (1). Felipe el Atrevido y su hijo Juan Sin Miedo fueron los protectores de Gerson, de Martín Porée, de Juan Petit y sobre todo de Cristina de Pisán. El duque de Borbón hizo traducir *De Amicitia* y *De Senectute* de Cicerón; el duque de Orleans ocupó á nueve traductores en una nueva versión de la Biblia y concedió mercedes á Cristina de Pisán, Honorato Bonet, Jacobo le Grand y Eustaquio Deschamps: Cristina asistió á las fiestas que daba y de las cuales ha dejado una graciosa descripción, y Deschamps estaba invitado á las orgías del príncipe.

Esta afición á las letras propagóse á toda la sociedad



Moneda de Guillermo IV, conde de Hainaut

feudal: á Froissart bástale presentarse con sus crónicas y sus poesías para conquistarse el favor de Roberto de Namur, de Wenceslao de Brabante, de Guido de Blois y del conde de Foix, y Cristina de Pisán contó entre sus admiradores y protectores á la condesa de Montpensier, á Carlos de Albret, al senescal de Hainaut, al segundo mariscal Boucicaud y á otros muchos. El preboste de París, Guillermo de Tignonville, estaba en relaciones con todas las eminencias de su tiempo y era tenido por buen juez en materia de literatura. El castellano Díaz de Gámez nos ha dejado en el *Victorial* la descripción de la gran vida señorial que á las puertas de Gisors llevaba el almirante Renato de Trie: durante el día, generalmente por la mañana, en el curso de tranquilos paseos en hermosas hacenas que guiaba la esposa del almirante, «podían oírse cantar, entonados por voces varias y bien afinadas, *lais, deslais, virelais*, cantos, rondós, lamentos, baladas y toda clase de canciones que los franceses saben componer con mucho arte. Os declaro que si el que allí se encontraba hubiese podido hacer durar aquello siempre, no habría querido otro paraíso.»

La alta burguesía seguía el ejemplo. No hubo en tiempo de Carlos VI aficionado más ilustrado que Gontier Col, secretario real, de buena familia burguesa de Sens; Bureau de Dammartin tenía en su palacio á un excelente clérigo de Champaña, Lorenzo de Premierfait, y á un franciscano, el hermano Antonio de Arezzo, que traducían el *Decamerón* de Bocaccio; y el rico y valeroso burgués que escribió el *Ménager de Paris*, conocía Tito Livio, Josefo, el *Songe de Scipión*, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, Petrarca y el *Román*

(1) L. Delisle, *Le Cabinet des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, I, 60.

de la *Rose*. Multitud de ciudades, sobre todo del Norte del reino, habían organizado concursos poéticos y en ellas se daban representaciones de «milagros» á cargo de sociedades y cofradías, como el Puy d'Amour de Abbeville, el Puy de Notre-Dame de Amiéns, el Puy de Arrás, el Puy des Palinods de Ruán.

Los principales escritores pertenecen á la sociedad laica: los poetas Eustaquio Deschamps y Cristina de Pisán y los escritores políticos y moralistas Felipe de Mezières, Guillermo de Tignonville, el autor del *Ménager de Paris* y el historiador Pedro de Orgemont son laicos. Los escritores agraciados con dignidades eclesiásticas vivían más en las cortes y cerca de los príncipes que en la Iglesia: Felipe de Vitri, canónigo prebendado de seis iglesias, había sido secretario real en tiempo de Carlos el Hermoso; Felipe VI le nombró relator del palacio y Juan de Normandía lo llamó á su consejo y lo hizo secretario y relator suyo. Guillermo de Machaut fué mucho tiempo secretario del rey de Bohemia, Juan el Ciego; siguió á su aventurero señor á Turingia, Baviera, Silesia, Polonia, Lituania, Prusia y Lombardía; y cuando aquél murió en Creci, fué por algún tiempo secretario de Juan el Bueno y al ser nombrado canónigo de Reims continuó en relaciones con los príncipes, siendo siempre querido y admirado. Por otra parte, casi todos los buenos autores del siglo desempeñaron empleos en la administración real ó en los palacios de los príncipes: Deschamps, que era un simple mensajero, fué nombrado ujier de armas del rey y después baile de Valois, castellano de Fismes, director de aguas y bosques y, finalmente, general de hacienda, que era un cargo muy elevado; Cristina de Pisán casó con un notario del rey y su hijo fué agregado á la corte de Borgoña; Pedro de Orgemont era canciller de Francia; Juan de Beaudribosc, llamado de Montreuil, secretario del rey; Nicolás Oresme, canciller de Carlos V, y Juan Petit, consejero del duque de Borgoña.

La nobleza no se contentaba con saborear la literatura, sino que se ensayaba en ella, y así vemos que varios autores nobles compusieron obras didácticas: Godofredo de Charni trató de la caballería; Tignonville reunió los *Dichos de los filósofos*; Felipe de Mezières escribió sobre religión, política, derecho público y moral, y Juan le Bel, que había en su juventud compuesto versos, redactó en su vejez las *Verdaderas Crónicas*. La poesía fué una de las distracciones favoritas de los más ilustres señores, y á fines del siglo XIV, el advenimiento de una generación nueva, ávida de placer, la menor intensidad de la guerra inglesa, las fiestas y los ocios de la vida de los príncipes y la facilidad de las intrigas sentimentales, pusieron en moda los juegos de ingenio en los cuales los hidalgos competían en sutileza y refinamiento con los poetas de profesión. En los primeros años del siglo XV, «la corte amorosa» de Carlos VI tenía ministros que, en los días de asamblea, presentaban baladas y otras composiciones. En las cortes de los dos duques Luis y Carlos de Orleans fué donde más abundaron los hidalgos poetas. Un señor de la Suiza romanda, Otón de Granson, fué alabado é imitado por Chaucer, quien le declaraba «la flor de los que hacen versos en Francia:» de él se conservan treinta y seis pequeños poemas en los cuales expresó sus lamentos amorosos en graciosos y conmovedores versos. Esta poesía

de esta corte es, en general, de forma mundana y de elegancia fría y sutil, en medio de su casuística sentimental; la obra que de ella da mejor idea es el *Libro de las Cien Baladas*, compuesto sin duda en Oriente por Juan el Senescal, senescal del conde de Eu, durante los ocios de una peregrinación y de un cautiverio.

III.—Las influencias (1)

El siglo XIV vivió en gran parte del fondo intelectual que le legaran los siglos precedentes (2).

El siglo XIII, aparte algunos talentos verdaderamente superiores y excepcionales, como Rogerio Bacon, había sido á la vez razonador y ávido de autoridad, y la gran fuente de ésta, además de los libros santos y de las obras de los Santos Padres, había sido la antigüedad. Las inteligencias cultivadas del siglo XIV, como Pedro Bersuire, Nicolás Oresme, Jacobo le Grand, Nicolás de Clamanges y Juan de Montreuil, se dedicaron con más pasión todavía al conocimiento de la antigua literatura.

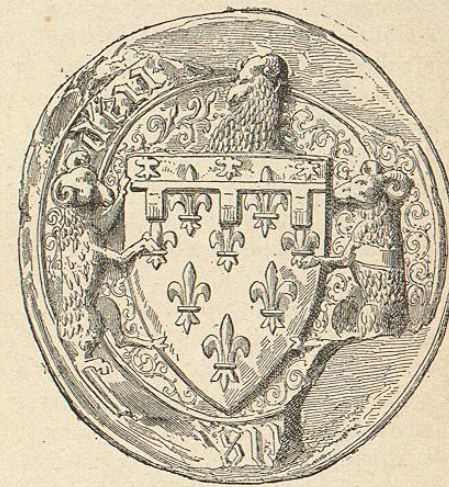
Este entusiasmo por la antigüedad vióse fomentado por la vecindad de la corte pontificia de Aviñón y por las relaciones con Italia. La Curia, á pesar de haber sido el Sacro Colegio invadido por los lemosinos, contaba todavía con un gran número de italianos y estaba en constantes relaciones de ideas y de negocios con toda Italia. Si no hubiese habido papa en Aviñón, de fijo que Petrarca no habría ido á establecerse en aquella ciudad y no habría ejercido sobre las inteligencias escogidas aquella fascinación que tanto se deja sentir en hombres como Bersuire, Felipe de Vitri, Felipe de Mezières y Juan de Montreuil. Por otra parte, la corte de Francia estaba íntimamente aliada con los Visconti de Milán y en ella se veían á menudo italianos, grandes humanistas. Las relaciones con Génova, Venecia, Pisa y sobre todo con Florencia; la política de la casa de Anjou en el reino de Nápoles y las cuestiones del cisma, multiplicaron las negociaciones y los viajes entre ambos países: Felipe de Mezières, Guillermo Fillastre, Jacobo le Grand y Juan de Montreuil fueron á Italia y aun vivieron allende los montes; Bersuire, Oresme, Gontier Col, Muret, Gerson y Nicolás de Clamanges frecuentaron la corte de Aviñón. Por todas estas vías podían penetrar en Francia el espíritu de la antigüedad y el de Italia.

Entonces nuestros escritores se encontraron en presencia de ideas que todavía no tenían expresión suficiente en la lengua francesa, y la necesidad de crear palabras dejóse sentir sobre todo entre los traductores. Oresme ha confesado á sus autores sus perplejidades filológicas: en el *Tratado sobre la esfera* vióse á menudo obligado á traducir del latín palabras científicas, dán-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Voigt, *Die Wiederbelebung des klassischen Alterthums*, segunda edición, 1880-1881. De Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme*, 1892. L. Pannier, *Notice biographique sur P. Bersuire, traducteur français de Tite-Live*, «Bibliothèque de l'École des Chartes», XXXIII, 1872. F. Meunier, *Etude sur la vie et les ouvrages de N. Oresme*, 1857. A. Thomas, *De Johannis de Monsterolio vita et operibus*, 1883. Coville, *De Jacobi Magni vita et operibus*, 1889. Piaget, *Martin Lefranc prévôt de Lausanne*, 1888.

(2) Respecto del movimiento intelectual en el siglo XIII, véanse págs. 368-374. El siglo XIV en Francia no ha añadido casi nada nuevo.

de esta terminación que las vestía, por decirlo así, á la francesa y habiendo pedido disculpa por ello y puesto, al final de su manuscrito, un léxico de esos términos nuevos. Al frente de la traducción de las *Éticas* de Aristóteles, volvemos á encontrar iguales excusas y explicaciones. Pero en esta labor de adaptación no se han mostrado muy discretos ni Oresme ni los demás traductores, puesto que han tomado sin escrúpulo del vocabulario latino y de las palabras griegas latinizadas, ofreciendo muchas de sus páginas un aspecto más latino que francés. Ya en el siglo XIV escúchase contra estos abusos quejas que se anticipan de dos siglos á las ironías de Rabelais: el autor de una traducción del *Salle-*



Sello del conde de Eu

rio hecha en Lorena critica con cierta amargura á los innovadores latinizantes y en su prefacio consigna que, en su concepto, «decir el romance palabra por palabra según el latín es cosa corrompida é imperfecta.» Tal vez nuestro idioma debe mucho más á las formaciones científicas del siglo XIV que á las de los humanistas del XVI; de todos modos un gran número de palabras así nacidas en aquél han sido como reinventadas en éste, después de haber quedado olvidadas durante el siglo XV.

No se crea, sin embargo, que este estudio de la antigüedad haya producido ya una renovación y una liberación intelectuales, es decir, un renacimiento; para la mayoría de los autores del siglo XIV la antigüedad no es más que un repertorio de textos sobre la moral, la política, la retórica, la lógica y las diversas ciencias. Las nociones de literatura y de historia antiguas, las citas de autores profanos prodigadas en todas las obras del siglo, están tomadas generalmente de las obras de los padres de la Iglesia, especialmente de San Agustín, ó extraídas de enciclopedias anteriores como los enormes *Specula* de Vicente de Beauvais, ó copiadas de colecciones de frases, de pensamientos ó de anécdotas. Los autores más sabios, como Bersuire ó le Grand, no hacen otra cosa que continuar la labor de compilación y de aplicación del siglo precedente, con los nombres de *Reductorium*, *Repertorium*, *Breviarium*, *Compendium*, *Collectio sententiarum* y *Sophologium*. Es verdad que las traducciones ponen al alcance de todos un determinado número de autores como Aristóteles, Tito Livio, Valerio Máximo; pero lo hacen de una manera muy